

Poema para hablar con Toledo

A mis amigos de la Asociación "Estilo"

I

Yo soñaba mirarte,
detener mis pupilas en tu roca de cáscara de nube
y flotar en el río de libélulas negras
que lamen tu cintura.

Penetré en tu osamenta
como un ángel sonámbulo,
y subí tus laderas
con una cruz de lumbre en tu cabeza.

La piedra de la noche
caía en tu silencio
y la pana del Tajo golpeaba tus peñas.

¡Qué pulso de terror
a judíos quemados!

El Greco me esperaba
con sus manos de humo hacia la estrella.

II

Me acaricié tu noche con olor a pupilas colgadas
y un sonido a campana de ceniza
golpeó mis cabellos,
enmudeció mis pasos
y agrupó su caballo de polvo
en la montura azul de mi desvelo.

Nadie detuvo el barco de madera podrida
que encendía sus velas mortecinas
sobre el Tajo despierto
El abismo de Dios, la nada intacta,
la carcoma del tiempo con su reloj de moho
y limpio cáliz clavo en forma cirujana
clavando al cielo un bisturí de piedra.

Volví sobre tus calles de guatas descendidas
a la caricia impura del Emblema del Sueño.

III

Y he podido sentarme a tus puertas de Oriente,
extenderme los brazos sobre tu cruz sembrada
de hondas cicatrices de cuerpos torturados;
—tu cruz de luz de cielo y hoguera sostenida
por combustible humano—,

olvidar en tus drogas cotidianas
el ruido de los hombres
y quemar los arcángeles de mi Tierra del Cáncer.

Detener mi paisaje,
hablarte cuando nadie,
ni siquiera el silencio cruzara tus callejas
y llamar al fantasma del Greco
para que me pintara como a un álamo azul
rompiéndome la frente con la última estrella.

Pero estoy en el mar del siglo XX,
me debo al hombre triste, solo, impuro,
me debo a mí, a mí, a mí y a todos
por este «MI» que duele demasiado,
y me debo a la herida que produjo en la tierra
de una mujer, sembrándole a mi hijo.

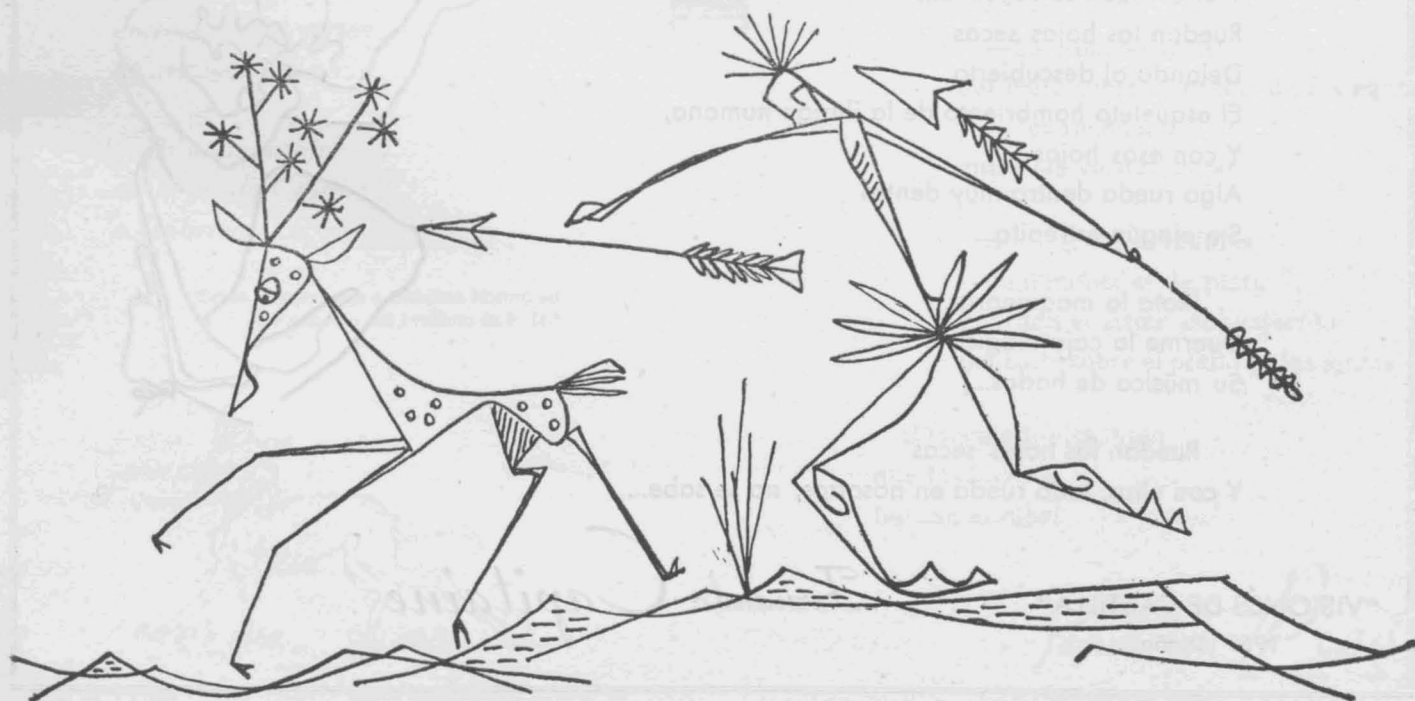
IV

Solo tocar un poco tus astillas de luna,
llenarme los zapatos de tus calles pendientes,
alargar la mirada como un hilo violeta
para enhebrar la pluma que tu Greco dejó sobre la carne.
Solo estar en la bruma del Valle
cuando el Tajo descende su agua oscura
y su ritmo de piel levanta un ala
hacia el pálido naranja del crepúsculo.
Quedarme adormecido
con la esquila de lana del ganado
y el arpísimo amor que Garcilaso
supuraba en la paz;
solo tenderme azul
en el dulce regazo de la yerba
esperando la flauta de una ondina.
Solo tocar la música del xilofón del monte
cuando el tomillo suena a campana de aldea.
Solo encerrar mis noches con los cuadros del Greco
y sentirme en los pies el polvo de los átomos.
que dibujaban filos en los ardidos rostros de sus ángeles;
porque el Greco sabía que la carne es pesada
y sólo un pulpo de alma puede subirla al cielo.

Y tengo que dejarte,
volver a las llanuras donde el puño del sol machaca las cabezas
y recordar tu viva calavera
cuando el dolor me lije los huesos del espíritu.

MANUEL PACHECO

Abril 1960



Dibujo: J. Tímón.